

El interminable ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas: seguridad, modulación y líneas de fuga

Pablo Martín Méndez (UBA)

Introducción

El presente trabajo parte de una afirmación de Gilles Deleuze que a primera vista puede parecer bastante simple y que, sin embargo, no deja de señalar un problema característico de nuestra actualidad: el hecho de que en las sociedades contemporáneas –o en las sociedades que el autor denomina como sociedades de control– “nunca se termina nada”.¹ Ciertamente, estamos cada vez más acostumbrados a transitar una suerte de situación continua de demora, una situación en donde las cosas no alcanzan a cerrarse de manera definitiva y las soluciones siempre se posponen. Se habla de corrupción, de falta de autoridad, de incapacidad, de una crisis generalizada que atraviesa a toda la sociedad; asimismo, se propone un sinnúmero de reformas que se dirigen desde las altas estructuras del Estado hasta las familias y los individuos mismos. Parafraseando a Deleuze, podríamos decir que todo esto es tan sólo una manera de entretener y mantener ocupada a la gente, tan sólo un engranaje en la maquinaria de intervención y gestión permanente de la vida cotidiana. Mientras que por un lado se sigue pensando que el poder debe ser capaz de brindar soluciones concretas y efectivas; por el otro, en cambio, se hace difícil percibir en dónde está ese poder y cómo funciona. Ahora bien, es posible sostener que esta situación obedece a la implementación y al desarrollo de una tecnología de poder que ha llegado a ganar primacía en nuestros tiempos; una tecnología que ya no apunta a alcanzar soluciones definitivas y exhaustivas, sino que, muy por el contrario, funciona a través de una intervención permanente sobre la vida y sus movimientos. De manera tal que en la actualidad nos encontramos frente en una modalidad de ejercicio del poder que en su mismo funcionamiento no acepta

¹ Deleuze, Gilles: *Conversaciones*, Editorial Nacional Madrid, Madrid, 2002, p. 197. El pasaje completo del cual se ha extraído esta afirmación dice lo siguiente: “En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar (terminada la escuela, empieza el cuartel, después de éste viene la fábrica), mientras que en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa, la formación o el servicio son los estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, una especie de deformador universal”. En un artículo aún inédito titulado “Foucault. Un pensamiento situado en el horizonte de las sociedades disciplinarias” hemos abordado detenidamente las nociones de “sociedad disciplinaria” y “sociedad de control”. Asimismo, el tratamiento de la disciplina y el control como modalidades diferentes y a la vez complementarias de ejercicio del poder forma parte de un proyecto más amplio de investigación que sin duda estará presente a lo largo de todo este trabajo. En tal sentido, para esta ocasión hemos optado por abordar el problema de la “modulación” y su relación con el pastoreo y los dispositivos de seguridad estudiados por Foucault durante los cursos dictados en el *Collège de France* a fines de la década de 1970.

intermitencias ni lagunas, espacios en blanco o posibles intersticios. Para decirlo con otras palabras, hoy estamos inmersos en el espeso tejido de un poder que no reconoce comienzos ni puntos de culminación.

El problema de la intervención permanente: entre el pastorado y el ejercicio modulador del poder

Hay una fuerza que recorre toda la historia del poder en las sociedades occidentales; una fuerza silenciosa que atraviesa momentos de degeneración y regeneración, de dislocación e integración bajo diversas formas; una fuerza, en fin, que jamás fue abolida y que ha llegado a extenderse hasta nuestros días. Nos estamos refiriendo, junto con Michel Foucault, al pastorado como núcleo de un tipo específico de poder desarrollado en el Oriente mediterráneo e introducido en Occidente a través del cristianismo.² El análisis del poder pastoral, con todas sus transformaciones y modificaciones a lo largo de la historia del Occidente cristiano, es sin duda sumamente importante a la hora de abordar el problema de una modalidad de ejercicio del poder de carácter permanente y con la capacidad de abarcar cada singularidad sin por ello descuidar al conjunto en su totalidad. En primer lugar, debemos tener en cuenta que en la definición foucaultiana el pastorado aparece como un poder de cuidados múltiples y continuos: el pastor cuida a los individuos del rebaño, vela porque no sufran, sale a buscar a aquellos que se extraviaron, cura las llagas de los heridos, asegura el sustento diario, etc. Según Foucault, el poder pastoral es un poder de aplicación indefinida, un poder dedicado a velar de manera constante por el bienestar de cada individuo y del rebaño en su conjunto. En segundo lugar, y en relación con lo antedicho, el pastorado ejerce una dirección ininterrumpida sobre la conducta cotidiana de los individuos que forman parte del rebaño. El buen cuidado de las ovejas implica conducir a las mismas por los caminos más seguros y provechosos, alejándolas de aquellos lugares que se consideren peligrosos o inapropiados. En última instancia, la dirección del rebaño requiere de una intervención permanente, y además sumamente delicada, sobre la conducta y la vida cotidiana de los individuos, sobre sus diferentes maneras de manejar los bienes, las riquezas y las cosas. Como sostiene Foucault, “en el cristianismo el pastorado produjo todo un arte de conducir, dirigir, encauzar, guiar, llevar de la mano, manipular a los hombres (...), un arte cuya función es tomarlos a cargo colectiva e individualmente a lo largo de toda su vida y en cada

² Cf. Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, FCE, Buenos Aires, 2006, p. 151 y ss.

momento de su existencia”.³ Pero ese arte no se ejercerá del mismo modo para todos; antes bien, en la medida de lo posible, el poder pastoral tratará de adecuarse a las diferentes singularidades que componen el rebaño. Los estudios de Foucault dan cuenta de esta problemática al señalar que en el pastorado las prácticas de enseñanza tendrán en cuenta la condición de cada individuo en particular, siendo así que los procedimientos serán diferentes frente a individuos castos o casados, ricos o pobres, enfermos o sanos, de ánimo triste o alegre, etc. En el fondo, el pastor no es un hombre de la ley, no es alguien dedicado a aplicar o enunciar una ley que debe ser igual para todos. Por el contrario, el poder pastoral es un poder que siempre se ejerce de manera coyuntural e individual, como una suerte de agencia médica que debe atender a cada una de las almas considerando sus enfermedades específicas. Tenemos entonces un poder individualizador y global; un poder que deja de operar imponiendo la unidad trascendente dictada por la ley para pasar a abarcar a todos y a cada uno mediante procedimientos y saberes precisos. Tenemos, en fin, un poder pastoral que no es ninguna metáfora, sino una práctica real de gobierno sobre la vida de los hombres; una práctica que en su mismo funcionamiento y tecnología interna es completamente diferente al poder político conocido en las ciudades griegas y romanas.

Ahora bien, entre los siglos XVI y XVIII el pastorado se disloca y vuelve a integrarse en esa fórmula general y extensiva de poder que Foucault ha denominado como “gubernamentalidad moderna”.⁴ En efecto, para el autor la crisis de las técnicas de individualización del pastorado cristiano en el siglo XVI da lugar a la aparición conjunta de toda una nueva problemática en torno al gobierno de la conducta de los hombres: “De hecho, hubo intensificación, multiplicación, proliferación general del tema y las técnicas de conducta. Con el siglo XVI entramos en la era de las conductas, la era de las direcciones, la era de los gobiernos”.⁵ Es así que la crisis del pastorado produce una explosión de las técnicas de gobierno de la conducta, una explosión cuyas esquirlas dispersadas por doquier llegan a tocar incluso al dominio público. Como sostiene Foucault, a partir de entonces se solicita al soberano el ejercicio de cierta cantidad de tareas que no se relacionan exclusivamente con el mantenimiento de la pura y simple soberanía, sino más bien con

³ *Ibid.*, p. 192.

⁴ El concepto de “gubernamentalidad” fue presentado por Foucault en la clase del 1º de febrero de 1978 dictada en el marco del curso denominado “Seguridad, territorio, población”, y tratado el año siguiente a lo largo del curso “Nacimiento de la biopolítica” (Foucault, Michel: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, FCE, Buenos Aires, 2008). En ambos cursos, el autor realiza un estudio de los diferentes tipos de gubernamentalidad desarrollados desde fines del siglo XVI hasta la actualidad. Siguiendo la problemática planteada en este trabajo, abordaremos específicamente el hecho de que la gubernamentalidad introduce por primera vez una modalidad de ejercicio permanente del poder en el nivel mismo del Estado.

⁵ Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población, op. cit.*, p. 268.

la conducción de los hombres en los diferentes aspectos de su vida cotidiana. ¿Pero por qué razón las técnicas pastorales comienzan a generalizarse precisamente en ese período de crisis que es el siglo XVI? En este punto, podríamos recurrir a la terminología de Deleuze y Guattari para sostener que la crisis implica la aparición de flujos descodificados y desterritorializados, de líneas de fuga que en su mismo devenir tienden a socavar las organizaciones establecidas.⁶ Según los autores, todo cuerpo social tiene como tarea fundamental impedir o al menos contener la precipitación de aquellos flujos que no se pueden codificar y a los cuales tampoco se puede asignar una territorialidad determinada. De modo tal que la aparición de flujos semejantes genera un esfuerzo social que en su mismo movimiento de recuperación se ve obligado a proponerse objetivos cada vez más descodificados y desterritorializados: “Hay a la vez flujos que escapan a los códigos y un esfuerzo social (...) para ajustar un poco el código a fin de darle lugar a flujos tan peligrosos”.⁷ Pues bien, desde el siglo XVI, e incluso antes, se asiste a una multiplicación de flujos que escapan por todas partes y en todas las direcciones: flujos de trabajadores expropiados que emigran a las ciudades, flujos de siervos y pequeños campesinos que abandonan los feudos para errar por los bosques, flujos de mujeres que se liberan del antiguo código pasional y conyugal; así también, toda una serie de flujos económicos desterritorializados y descodificados, flujos de propiedad privada, de comercio, de masas monetarias, etc. Para nuestros propósitos, debemos tener en cuenta que el campo mismo del pastorado será recorrido y desestabilizado por movimientos de resistencia y rebelión cuyo punto de confluencia es siempre el ataque al gobierno de la conducta. Foucault ha señalado que estos movimientos fueron una búsqueda de nuevos pastores, métodos y procedimientos de conducción, o incluso un intento de escapar al gobierno de los otros mediante la definición de una manera propia de conducirse.⁸ Sin embargo, desde la visión del autor las rebeliones de conducta no tuvieron un carácter autónomo; por el contrario, ellas se conectaron con toda una serie de fenómenos propios del contexto histórico, como los enfrentamientos de clase, los problemas económicos y sociales, las reformas políticas, etc. Vemos entonces el modo en que los flujos se conectan y realzan recíprocamente, precipitándose en una fuga común que desborda las codificaciones y territorializaciones previamente establecidas. Es el momento en que la Iglesia y el Imperio terminan sucumbiendo definitivamente

⁶ Cf. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 2006. Véase sobre todo Meseta 9: “1933. Micropolítica y segmentaridad”, pp. 213-237; así como también Deleuze, Gilles: *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Cactus, Buenos Aires, p. 19 y ss.

⁷ *Ibid.*, p. 21.

⁸ Cf. Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 223 y ss.

ante las fuerzas y movimientos que desde hacía largo tiempo venían erosionando su vocación y su sentido universal, hasta el punto de presentarse como una cáscara vacía y carente de contenido.⁹ Es también el momento en que se da lugar al capitalismo en tanto formación social constituida a partir del encuentro entre flujos descodificados y desterritorializados: “El capitalismo se ha constituido sobre la quiebra de todos los códigos y territorialidades sociales preexistentes. ¿Qué significa esto? Que la máquina capitalista es propiamente demente”.¹⁰ En efecto, mientras que las demás formaciones sociales funcionan sobre la base de un código y de una territorialización de los flujos, el capitalismo se constituye históricamente sobre lo que en esas formaciones no es otra cosa que el terror mismo, esto es, la existencia y la realidad de flujos descodificados y desterritorializados. Sin embargo, y tal como sostienen Deleuze y Guattari, para que el capitalismo llegue a realizarse hace falta toda una integral de dichos flujos, “toda una *conjugación generalizada que desborda y destruye los aparatos precedentes*”.¹¹ Al tiempo que el capitalismo funciona descodificando perpetuamente los flujos de trabajo, de producción, de dinero, etc., construye una nueva máquina que ya no es de codificación, sino de conjunción: una máquina axiomática. Según los autores, la máquina axiomática del capitalismo compensa el crecimiento de los flujos descodificados y desterritorializados apresándolos en una combinatoria de elementos formales. En otras palabras, hay una tentativa capitalista que opera reinventando territorialidades y codificaciones sumamente vagas y fluctuantes; una tentativa destinada a bloquear e interrumpir el movimiento de las líneas de fuga. Desde nuestro entender, esta tentativa se corresponde perfectamente con la generalización de las técnicas pastorales observada entre los siglos XVI y XVIII. Foucault ha señalado que durante esa época la modalidad de ejercicio del poder basada en la soberanía se mostró cada vez más inoperante a la hora de regir el cuerpo económico y político de una sociedad con marcado crecimiento demográfico y en vías de industrialización: “De manera que muchas cosas escapaban a la vieja mecánica del poder de la soberanía, tanto por arriba como por abajo, en el nivel del detalle y en el de la masa”.¹² Se hacía entonces necesaria una nueva modalidad de ejercicio del poder que ya no operase por medio de códigos y territorializaciones, una modalidad cuya flexibilidad y desterritorialización permitiesen conjugar en forma permanente los flujos del capitalismo. Y precisamente en este punto la técnica

⁹ Cf. *Ibid.*, pp. 334-335.

¹⁰ Deleuze, Gilles: *Derrames*, op. cit., p. 23.

¹¹ Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *Mil Mesetas*, op. cit., p. 458.

¹² Foucault, Michel: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, FCE, Buenos Aires, 2008, p. 226.

pastoral llega presentarse como una pieza fundamental para el ensamblaje de esa nueva modalidad. Debemos tener en cuenta por lo menos dos elementos característicos del pastorado y de los cuales se sirve todo este proceso de transformación. El primero de ellos ha sido mencionado al pasar: se refiere al hecho de que el pastorado no funciona aplicando principios generales e iguales para todos; en lugar de eso, el pastor trata de adecuarse a cada una de las singularidades del rebaño por medio de procedimientos múltiples y específicos. El segundo elemento, también de gran importancia y relacionado con el anterior, consiste en que el poder pastoral no se ejerce sobre un territorio, sino más bien sobre el rebaño mismo y sus desplazamientos de un punto a otro; como sostiene Foucault, “El poder del pastor se ejerce esencialmente sobre una multiplicidad en movimiento”.¹³ Es decir, que sólo funciona cuando el rebaño abandona la ciudad y comienza a moverse en el espacio abierto e indefinido del desierto. Pues bien, desde fines del siglo XVI y durante los siglos XVII y XVIII, los dos elementos mencionados pasarán a formar parte de una práctica política meditada y calculada, de un arte de gobernar específico y claramente autónomo respecto al ejercicio de la soberanía y de la pastoral cristiana. En efecto, antes que recurrir a la ley como instrumento principal de poder, este arte de gobernar funcionará a través de tácticas múltiples y diversas; asimismo, antes que tratar de garantizar la soberanía sobre un territorio, el gobierno tendrá como fin la gestión permanente de un complejo entramado constituido por las relaciones entre los hombres y las cosas.¹⁴ Sin embargo, el proceso puesto en marcha requirió de varias instancias de readaptación y modificación de las técnicas propias del pastorado. Así por ejemplo, a lo largo del siglo XVII se observa una serie de intentos destinados a ordenar y racionalizar los procedimientos del poder pastoral basados en la observación, la vigilancia, los cuidados permanentes, etc. Es el momento en que se da lugar a la conformación de los mecanismos disciplinarios, esto es, mecanismos cuya modalidad de funcionamiento consiste en integrar al cuerpo de los hombres en un sistema de vigilancia continua y económicamente eficaz. Pero es necesario tener en cuenta que la disciplina todavía no tenía el suficiente alcance sobre los flujos descodificados y desterritorializados, y ello por dos razones: en primer lugar, la constitución histórica de los mecanismos disciplinarios se produjo en el marco de instituciones cerradas, de instituciones como la escuela, la prisión, la fábrica, etc.; en segundo lugar, la modalidad de funcionamiento de la disciplina consistía en una intervención sobre el detalle, es decir, sobre el cuerpo humano en sus aspectos mínimos y no

¹³ Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 154.

¹⁴ Cf. *Ibid.*, p. 122 y ss.

sobre los flujos en la dimensión de sus movimientos y variaciones globales. Más adelante veremos el modo en el cual la disciplina se desliga de los muros institucionales y comienza a funcionar de una manera sumamente flexible y deslocalizada; por ahora, tengamos observemos las técnicas que el gobierno utiliza para resolver la segunda cuestión. En lo fundamental, el problema consistirá en manejar y gestionar una serie de flujos producidos a partir de las relaciones entre un conglomerado de cuerpos y cosas: flujos de enfermedades y epidemias, de natalidad y morbilidad; flujos de producción, de recursos y riquezas; flujos de migración, de revuelta, etc. Se produce entonces una segunda readaptación de las técnicas pastorales, una readaptación ciertamente compleja y que se sirve de aquellos instrumentos destinados a dirigir los desplazamientos continuos de la multiplicidad. Hemos mencionado que el pastorado se encarga de velar por el bienestar de cada individuo y del rebaño en su conjunto; agreguemos ahora que esta segunda tarea exige al pastor forjar todo un arsenal de saberes e instrumentos que tengan como fin al comportamiento del rebaño en lo que respecta a sus maneras de desplazarse, sus fortalezas y debilidades, sus diferentes necesidades y aspiraciones, las amenazas a los cuales se encuentra expuesto, los posibles inconvenientes que se vayan presentado en el camino, entre otros tantos elementos. Una vez más, debemos tener en cuenta que estos saberes e instrumentos no serán utilizados para garantizar la aplicación efectiva de una ley universal; por el contrario, ellos sólo entrarán en juego al momento de ejercer el poder pastoral de conducción. Como señala Foucault, debido al desconocimiento de la voluntad de Dios, el pastor no puede hacer otra cosa más que manejar incansablemente un sinnúmero de variables que le permitan conducir al rebaño en su largo recorrido a través del desierto, hasta el día en que el juicio divino dictamine la salvación cierta y definitiva. Ahora bien, ¿cómo se presentan todos estos elementos en el nuevo arte de gobernar que se estaba poniendo en marcha? Digamos en primer lugar, que desde la segunda mitad del siglo XVIII el gobierno debe tratar con una multiplicidad sumamente compleja y enrevesada; una multiplicidad que, lenta pero gradualmente, tiende a ser concebida como una “población”. Según Foucault, la población es el fin y a la vez el instrumento del nuevo arte de gobernar: “sujeto de necesidades, de aspiraciones, pero también objeto en manos del gobierno. Parece consiente, frente al gobierno, de lo que quiere, pero inconsciente de lo que se le hace hacer”.¹⁵ Y si la población se mantiene “inconsciente” frente a las acciones del gobierno, es porque esas acciones ya no consisten en la imposición de una ley o de una prescripción, sino en la

¹⁵ Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 132.

regulación continua de elementos completamente immanentes a la población misma. En efecto, por un lado la población tiende a aparecer como un fenómeno “natural” que no se puede modificar de una sola vez por decreto o voluntad; mientras que, por el otro, esta suerte de naturalidad contiene una serie de datos y variables a las cuales es posible acceder mediante regulaciones lo suficientemente meditadas y calculadas. Para decirlo en otros términos, la población presenta una naturalidad continuamente penetrable, continuamente susceptible a manipulaciones permanentes y silenciosas. Tenemos entonces a la población como un nuevo objeto de intervención que requiere del desarrollo y la implementación de técnicas completamente específicas frente a los mecanismos legales. Foucault ha denominado a dichas técnicas como “dispositivos de seguridad”, estos es, dispositivos cuya modalidad de funcionamiento consiste en la intervención y la gestión continua de los flujos y procesos poblacionales. Es necesario tener en cuenta que el funcionamiento de los dispositivos de seguridad no sólo difiere de los mecanismos legales, sino también de los encierros disciplinarios. Al respecto, los estudios de Foucault señalan algunas diferencias que tal vez nos ayuden a entender la especificidad de estos dispositivos en lo que se refiere al ejercicio del poder.¹⁶ En primer lugar, el autor sostiene que la disciplina trabaja en un espacio vacío o artificial que será construido por entero, lo que equivale a decir que funciona determinando un segmento aislado en donde los mecanismos de poder se ejercerán intensamente y sin límites; los dispositivos de seguridad, por su parte, tienden a apoyarse en datos materiales preexistentes, integrando constantemente aquellos elementos que de un modo u otro se relacionen con los procesos vitales de la población. En segundo lugar, los encierros disciplinarios tratan de llegar a un punto de perfección mediante la reglamentación meticulosa de cada detalle; los dispositivos de seguridad, en cambio, funcionan maximizando los elementos positivos y minimizando, en la medida de lo posible, los aspectos riesgosos o inconvenientes, es decir, trabajan sobre cantidades que nunca se llegarán a perfeccionar por completo. En tercer lugar, los encierros disciplinarios atribuyen una identidad y una función fija a aquellos elementos que toman bajo su cargo; los dispositivos de seguridad, en cambio, organizan elementos polifuncionales, elementos que a un mismo tiempo presentan aspectos negativos y positivos. Finalmente, los encierros disciplinarios sólo apuntan garantizar la perfección y no van más allá; los dispositivos de seguridad, en cambio, se ejercen con vistas al futuro, abriéndose a un porvenir difícil de medir y mensurar. En resumidas cuentas,

¹⁶ Cf. *Ibid.*, pp. 38 y ss.

mientras que la disciplina trabaja con series cerradas y bien definidas, la seguridad lo hará con series abiertas, tratando de regularizar a las mismas en un marco polivalente y transformable. Recurriendo una vez más a las concepciones de Deleuze, podríamos definir a los encierros disciplinarios como “moldes” o moldeados diferentes, y a la regulación llevada adelante por los dispositivos de seguridad como una “modulación”, es decir, como una suerte de moldeado autodeformante que cambia de manera permanente y en cada uno de sus puntos.¹⁷ Digamos enseguida que el molde y la modulación no son dos tendencias separadas e irreconciliables, sino más bien los dos extremos entre los cuales se desplaza la modalidad de funcionamiento del poder. En efecto, el molde funciona movilizand o un máximo de fuerzas que serán aisladas y conectadas a partir de relaciones mecánicas y precisas; la modulación, en cambio, funciona manteniendo a esas fuerzas en estados metaestables y coexistentes, en un aplazamiento ilimitado conformado por variaciones y movimientos que nunca terminan de cerrarse. A lo que se debería agregar el hecho de que estos dos extremos no siempre se refieren a cuestiones de “tamaño”: hay momentos en que se puede dar lugar a la formación de una gran seguridad, de carácter compacto y firme, que a su vez tiene como correlato toda una microgestión y modulación de los pequeños miedos, toda una inseguridad molecular permanente.¹⁸ Nosotros sostenemos que también hay momentos en los cuales el ejercicio del poder se inclina hacia uno de los dos extremos, generalizando y extendiendo a través de todo el campo social una sola y única modalidad de funcionamiento. Es lo que sucede en las sociedades contemporáneas, en donde tanto los cuerpos como las poblaciones se convierten en el blanco de un ejercicio modulador del poder. Ya observamos esa modalidad al momento de analizar los dispositivos de seguridad, ahora nos resta saber qué sucede con las disciplinas. Quizá se haya notado el hecho de que hemos hablado de “encierros disciplinarios” y no específicamente de disciplinas; si procedimos de este modo, fue precisamente para dar cuenta de que el funcionamiento de las mismas no se reduce a los centros e instituciones de encierro. Como sostiene Deleuze, los encierros son sólo una manera de efectuar y formalizar las funciones generales de la disciplina, es decir, las funciones de observación, de adiestramiento, de cuidados permanentes, etc.¹⁹ Pues bien, el ejercicio modulador del poder hace que las disciplinas tiendan a perder sus contornos tradicionales de aplicación y comiencen a funcionar de un modo cada vez menos limitado y acotado en el espacio. El funcionamiento indeterminado

¹⁷ Cf. Deleuze, Gilles: *Conversaciones.*, op. cit., p. 196.

¹⁸ Cf. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *Mil Mesetas*, op. cit., p. 220.

¹⁹ Cf. Deleuze, Gilles: *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 67 y ss.

permitirá que los discursos y prácticas de la familia, la escuela, el hospital, etc., lleguen a estar presentes en cualquier parte y al mismo tiempo; asimismo, hará posible toda una serie de articulaciones entre las disciplinas y los dispositivos de seguridad, dando lugar entonces a la implementación de intervenciones coordinadas. Vemos sin duda ambas cuestiones en la existencia y la proliferación de un sinnúmero de campañas que se extienden por todo el campo social sin reconocer lugares y tiempos precisos; campañas de toda índole siempre llevadas adelante por médicos, psicólogos, pedagogos, periodistas, funcionarios y otros tantos “pastores laicos” que al momento de ejercer sus tareas ya no necesitan permanecer dentro de los muros de las instituciones de encierro. De manera tal que la disciplina y los dispositivos de seguridad pasarán a conformar una gran tecnología de poder cuya modalidad de funcionamiento no es otra cosa que la modulación continua de los múltiples procesos de la vida. A lo cual deberíamos agregar sólo una cuestión más: esa gran tecnología de poder será precisamente lo que va a permitir llevar adelante la tentativa capitalista mencionada anteriormente, es decir, la tentativa que consiste en reinventar territorialidades y codificaciones fluctuantes destinadas a apresar el movimiento de las líneas de fuga.

Conclusiones: hacia un pensamiento sobre la (im)potencia del poder

Hasta aquí hemos recorrido el intrincado problema de la intervención permanente siguiendo un camino que, una y otra vez, nos lleva desde el pastorado cristiano hasta el ejercicio modulador del poder. En este recorrido, nuestra intención no ha sido otra cosa más que mostrar el modo en que el poder nos conduce a una situación de demora, a una suerte de “estado ondulatorio” en donde, verdaderamente, “nunca se termina nada”. Ahora bien, sería un grave error creer que esa situación es la cancelación misma de cualquier intento de transformación que procure extenderse más allá de campo de intervención de poder. Y si decimos que algo semejante sería un error, es porque en primer lugar la potencia adquirida por el poder no obedece a una suerte de racionalidad interna o autónoma; pero además, porque pensar de este modo no es más que volver a caer en el estado de demora, es decir, en la sensación repetida de que todo está dado de antemano cuando se trata de enfrentar al poder. Nosotros preferimos sostener, junto con Foucault y Deleuze, que el desarrollo y la implementación de una determinada modalidad de ejercicio del poder jamás se llegan a entender si antes no se tiene en cuenta las luchas y resistencias que se enfrentan a ese poder. En efecto, Foucault ha insistido en señalar que el análisis del poder debe convertirse en un

análisis de las “relaciones de poder”, en un análisis del antagonismo de las estrategias: “para comprender acerca de qué son las relaciones de poder, quizá deberíamos investigar las formas de resistencia y los intentos realizados para disociar estas relaciones”.²⁰ Asimismo, Deleuze y Guattari han mencionado que en las relaciones de poder se enfrentan reagrupamientos y acumulaciones, pero también escapadas y fugas que obligan al poder a funcionar en un terreno de incertidumbre e improvisación.²¹ De manera tal que el movimiento de las líneas de fuga conduce a poner en marcha toda una serie de esfuerzos que llevarán al poder cada vez más lejos. Como sostienen los autores, el poder obtiene su potencia del fondo de su impotencia, del hecho no tener otra opción más que correr detrás de algo que continuamente se le escapa. Es por eso que detrás de la formación histórica del ejercicio modulador del poder siempre volvemos a encontrar una radical y verdadera imposibilidad a la hora de dominar completamente el movimiento irresistible de las líneas de fuga. Desde nuestro parecer, esta imposibilidad es también una oportunidad para comenzar a pensar en nuevas maneras de enfrentar al poder. Por supuesto, aquí no estamos hablando de la implementación de un programa o proyecto con instancias graduales y lineales que nos permitan llegar a soluciones estables y definitivas; menos aún, de una suerte de huida hacia un estado de felicidad en donde las relaciones de poder no sean más que un mero recuerdo. En ambos casos, seguimos permaneciendo en un aplazamiento ilimitado, esperando lo que siempre está por llegar y sin embargo nunca llega. Antes que de soluciones y de huidas, aquí estamos hablando de lo que Deleuze y Guattari denominan como “conexión”, esto es, el “y” que se produce entre dos elementos sin pertenecer a ninguno de ellos, el “y” que se escapa y constituye una línea de fuga. La conexión permite la proliferación y la afección mutua de las múltiples líneas de fuga, da lugar a diversas mutaciones y devenires, tiende a franquear las intervenciones del poder. Entonces, plantear siempre un “y”, conectar líneas de fuga, salir, en fin, de la demora.

Bibliografía

- Deleuze, Gilles: *Conversaciones*, Editorial Nacional, Madrid, 2002.
- Deleuze, Gilles: *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*, Cactus, Buenos Aires, 2006
- Deleuze, Gilles: *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 2008.

²⁰ Foucault, Michel: “El sujeto y el poder”. En Dreyfus, H., y Rabinow, P.: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p. 251.

²¹ Cf. Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *Mil Mesetas*, op. cit., p. 228 y ss.

- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 2006. .
- Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.
- Foucault, Michel: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, FCE, Buenos Aires, 2008
- Foucault, Michel: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, FCE, Buenos Aires, 2008.
- Foucault, Michel: *Seguridad, territorio, población, Curso en el Collège de France (1977-1978)*, FCE, Buenos Aires, 2006.
- Foucault, Michel: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006